

Primer Encuentro Curioso: "¿Qué hay de nuevo en la Psicopatología, qué hay de nuevo en el Amor?". Cátedra 2 de Psicopatología de la UBA, CABA, 17.

Libros de Babel.

Storto, Agustina.

Cita:

Storto, Agustina (17). *Libros de Babel. Primer Encuentro Curioso: "¿Qué hay de nuevo en la Psicopatología, qué hay de nuevo en el Amor?"*. Cátedra 2 de Psicopatología de la UBA, CABA.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/primer.encuentro.curioso/41>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef3x/74k>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Libros de Babel

El romanticista inglés Samuel Taylor Coleridge llegó a tener al mismo tiempo 500 libros prestados por su vecino Thomas De Quincey. Uno a uno los devolvía, profusamente anotados (tanto que es él quien acuña el término marginalia), comentando: “No te importará que te haya arruinado un libro para dejarte una reliquia”. El presente trabajo busca leer a la bibliofilia y al coleccionismo de libros desde una clave psicoanalítica, aproximando las características singulares que revisten al libro en tanto objeto, teniendo en cuenta su materialidad y su significación subjetiva.

Como fenómeno social, el coleccionismo de libros es emergente del antropocentrismo renacentista. A diferencia de las colecciones posmodernas, que tienen a la completud como horizonte asequible, en las bibliotecas una colección se sabe, desde el inicio, inabarcable: falta y faltará hasta la muerte del tiempo. Una biblioteca espeja, de esta manera, la falta estructural con la que Lacan señala al ser hablante, condenado a habitar un mundo traicionado por el lenguaje; al agujero que comporta el objeto perdido freudiano, delimitado alrededor de aquello que nunca existió; y a la lectura que nombra fálicamente al objeto pulsional, suponiendo una segunda pérdida que inscribe a su precedente (Schejtman, 2013).

Dice Guillermo Piro (2003), escritor argentino que convirtió en libro su colección de relatos sobre las cataratas del Niágara, que lejos de dar tranquilidad coleccionar es una pasión tormentosa: “en ese punto se parece mucho a ese estado fanático, entre hipnótico y místico, que llamamos enamoramiento”. Sigmund Freud, quien también algo sabía de la tortura de las colecciones, ya emparentaba enamoramiento e hipnosis en “la misma sumisión humillada, igual obediencia y falta de crítica” pero señalaba como particularidad del enamoramiento la contribución de las pulsiones de meta inhibida, que no son susceptibles de una satisfacción plena (Freud, 1921).

Aunque la inhibición de la meta de la pulsión no se asimila directamente al concepto de sublimación, se encuentra en su sendero: “Las pulsiones sociales pertenecen a una clase de mociones pulsionales que todavía no hace falta llamar ‘sublimadas’ aunque se aproximen a estas”, dice Freud en “Dos artículos de enciclopedia” (citado en Olasso, 2015). En este proceso el componente cultural

es ineludible puesto que la sublimación supone un nuevo fin que adquiere valor en tanto sea apreciado por el conjunto social. Si se considera el caso de Leonardo Da Vinci, Freud ubica cómo la pulsión epistemofílica, presente en todo infante investigador, puede volverse hiperintensa y llegar, incluso, a sustituir al actuar (Olaso). Es que, dice Freud, la pulsión sexual es especialmente apta para la sublimación, cambiando su meta inmediata “por otras que puedan ser más estimadas y no sexuales”.

Un hilván de bibliografía y erudición, meta que puede considerarse elevada en determinados grupos sociales. Un coleccionista de libros suele ser un erudito o, por lo menos, está comprometido con el estudio para emprender su venturosa tarea. Estudiando a estudiosos, Piro rastrea la etimología del término latino *studium*, indicada por la raíz *st* que remite a choque. “Estudiar y estar permanentemente asombrado son en ese sentido parientes: aquel que estudia se encuentra en las mismas condiciones que aquel que ha recibido un golpe y permanece estupefacto frente al que lo ha golpeado, pero al mismo tiempo totalmente impotente para golpearlo a su vez o alejarse corriendo de él. Por lo tanto el estudioso es al mismo tiempo un estúpido, es decir, un enamorado”, explica, volviendo así al inicio del suplicio coleccionista: el amor. Cabe señalar, nota al margen, que este sentido etimológico asoma también cuando Lacan (1958) refiere a la existencia del sujeto como inefable y “estúpida”, en tanto el estupor o choque causado por la falta significativa.

En los agregados que Freud realiza a “Tres ensayos...” una década después de su publicación, Juan de Olaso observa que la pulsión de saber trabaja con la energía de la pulsión de ver y “una manera sublimada del apoderamiento”. Es la propiedad sobre el objeto una característica del coleccionista de libros, puesto que el proceso de la investigación culmina regularmente en la adquisición. Dice Walter Benjamin, quien dedicó parte de su estudio al coleccionismo y cuidaba celosamente de su biblioteca, que en este proceso “cualquier recuerdo, cualquier pensamiento, cualquier reflexión pasa a ser a partir de ahora el pedestal, la base, el marco, la señal de la apropiación del objeto”. Rápidamente una lectura en clave psicoanalítica se precipita ante tal afirmación. Diana Rabinovich (1988) señala que en la obra freudiana el objeto perdido del deseo es condición de producción del objeto pulsional, un objeto que es contingente (el aspecto más variable de la pulsión) y a la vez susceptible de fijación. Cuando pulsión y objeto

establecen una conexión íntima se suprime la movilidad y “hace surgir la dificultad y la oposición a desprenderse de él”. Es en las modalidades previas al amor que el esfuerzo motor por alcanzar al objeto se presenta en dos formas (Rabinovich): incorporación en el sentido de devorar, y apoderamiento, relativo al componente sádico anal. Estas indicaciones estructurales pueden ser una primera aproximación para pensar la manifestación del coleccionismo a nivel clínico como intento de apropiación del objeto y como incesante búsqueda de aquello que siempre falta.

Imagina Matías Serra Bradford (2009) que, para identificarlos, cierto coleccionista agujerea ambos ceros en las páginas 100 de sus libros. “El coleccionista, quiero decir el verdadero, el coleccionista como debe ser, mantiene la más profunda relación que se puede mantener con los objetos: la posesión. No es que éstos vivan gracias a él, es que él vive de ellos”, formaliza Benjamin. Si nos atenemos a las características del objeto del deseo freudiano, podemos decir que mientras que la Cosa permanece inasimilable, el atributo refiere a la experiencia del sujeto. El sujeto vive del objeto, está motorizado por aquello que cae como resto y se afirma en tanto lo que puede conocer de él.

Si el orden imita a la naturaleza (Freud, 1930), armar una clasificación, una disposición espacial y un sistema de referencia se parecería mucho a la tarea de un Creador: al ponerse en serie los objetos adquieren una nueva identidad. Esta identidad, por tanto, no es esencial sino relacional. Afirma Wittgenstein: “Algunos de los grandes logros en filosofía podrían ser comparados con el tomar algunos libros que parecían ir bien juntos, y reubicarlos en distintos estantes; nada hay definitivo acerca de sus posiciones más allá del hecho de que ya no estén uno al lado del otro... La dificultad de la filosofía reside en no decir más de lo que uno sabe. Por ejemplo, saber que cuando hemos colocado dos libros juntos en el orden correcto no los hemos colocado, necesariamente, en sus lugares definitivos” (citado en Serra Bradford).

Coleccionar se trata, en definitiva, de armar series. Poner en serie es repetir y la repetición está signada por la búsqueda de aquello estructuralmente perdido. ¿Existe alguna diferencia entre un serial killer y el coleccionista? Discusión ética de lado, la crítica María Moreno (2013) se responde ante esta pregunta que el asesino serial “no atesora objetos sino que los sustituye mientras que preserva, a través de la repetición, determinada escena. Jeffrey Dahmer, el descuartizador

de Milwaukee, no era un coleccionista sino alguien que no había podido deshacerse de evidencias”. Todo objeto es sustituto, pero el coleccionista detiene el deslizamiento de la metonimia: lo atesora fijándolo.

Dice el poeta Roberto Juarroz que siempre hay un grano de polvo de la luz que rompe el engranaje de las repeticiones. La identidad de clase de la serie no significa borrar la singularidad del ejemplar. En tanto cada objeto es único, algo del orden de la repetición queda anulado en ese pequeño mundo privado. Eso es lo que, en la referencia con la que se inicia el artículo, le señala Coleridge a De Quincey: la singularidad de cada ejemplar es lo que lo convierte en una reliquia a atesorar. Esa singularidad es la marca del espacio-tiempo.

Entre 1918 y 1922, en la Rusia posterior a Octubre, funcionó administrada por una pequeña cooperativa de intelectuales la Librería de los Escritores. Recuerda Mijaíl Osorguín que con las imprentas ya clausuradas se aventuraron con 190 ediciones autógrafas, obras muy breves en ejemplar único escrito a mano, con encuadernación propia e ilustración de cubierta del autor. En tiempos en que cartas de puño y letra de Catalina II se vendían a precio de papel periódico viejo, el destino de la modesta colección casera era desperdigarse entre aficionados; sólo años más tarde algunos ejemplares pasaron a los anaqueles del Museo de Historia de Moscú. El valor no está dado por el contenido de los libros, sino por su contexto de producción. Es el tiempo, apresado en alguno de los atributos del objeto, el que confiere su sello de distinción. La poeta y crítica literaria Susan Stewart (2003) sostiene que:

“la colección no desplaza la atención hacia el pasado, el pasado le confiere autenticidad a la colección. La colección busca una forma de autoencierro que es posible a causa de su ahistoricidad. La colección reemplaza a la historia con la clasificación, con un orden que excede la temporalidad. En la colección, el tiempo no es algo a ser restituido a un origen; antes bien, todo el tiempo se hace simultáneo o sincrónico dentro del mundo de la colección”.

Stewart propone una colección arquetípica: el arca de Noé. En aquel pasaje bíblico de lo que se trata es de empezar de nuevo. La colección de Noé no busca la memoria sino que persigue el olvido: “empezar otra vez de tal modo que un número finito de elementos cree, en virtud de sus combinaciones, un ensueño

infinito”, dice Stewart. El coleccionista sueña, como la Babel de Borges, con “el universo que otros llaman Biblioteca”.

Bibliografía

- BENJAMIN, W. (s.f.) “Desembalando mi biblioteca”. Senderos: Biblioteca Nacional de Colombia, 1992, Vol. 5, Nro. 24, 394-399. Recuperado en: <http://recursos.bibliotecanacional.gov.co/revistas/index.php/senderos/article/view/386/438>
- BORGES, J. L. (1941) “La biblioteca de Babel”, en Ficciones. Buenos Aires: Biblioteca La Nación.
- FREUD, S. (1930) El malestar en la cultura. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- FREUD, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- LACAN (1958) De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En Escritos. Tomo 2. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- MORENO, M. (2003) “El mundo incompleto”, Diario Página 12, 21 de febrero de 2003. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-535-2003-02-23.html>
- OLASO, J. (2015) Paradojas de la inhibición. Buenos Aires: Manantial.
- OSORGUÍN, M. (1923?) La librería de los escritores. Barcelona y México D. F.: Ediciones De La Central y Sexto Piso, 2007.
- PIRO, G. (2003) “Los recuerdos no llegan tan lejos”. Revista Otra Parte, 2003, Nro. 1, 24-27.
- RABINOVICH, D. (1988) El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Buenos Aires: Manantial, 2015.
- SCHEJTMAN, F. (2013) Una introducción a los tres registros. En Psicopatología: clínica y ética. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- SERRA BRADFORD, M. (2009) La biblioteca ideal. Buenos Aires: La bestia equilátera.
- STEWART, S. (2003) “La colección, paraíso del consumo”. Revista Otra Parte, 2003 Nro. 1, 51-62.